

**“Tres – Dos – Uno: La Emboscada”**

La organización estaba fallando. En las últimas operaciones habían sucedido muchos errores, muchas debilidades y ambiciones extras que empezaban a inquietar a la estructura mayor. Ojalá ni una escaramuza más. ¡Qué malos pasos, qué malos movimientos ponían en jaque a todo nuestro grupo? El campanillazo de un aparato telefónico nos puso en alerta. Los segundos se hicieron interminables. Al otro lado, una voz advertía del peligro latente de lo que se podía venir. Nos inquietamos. Efectivamente, ¿se venía el peligro? ¿Qué hacer? ¿Escapar? ¿Enfrentar la situación? No, eso sería suicida.

La llegada de un emisario vino a calmar el instante. Se trataba de Maylor, la noticia trajo murmuraciones y rumores...

El cargamento había logrado pasar los controles de los agentes allá en la frontera de Silón, pero eso no nos aseguraba nada. ¡Qué incertidumbre más grande! Los pasos de cada uno de nosotros al parecer estaban contados. Nuevamente, los síntomas del encierro comenzaron a rondarnos. Volvía el recuerdo de los fierros que sujetan nuestro ser, es decir... la cárcel.

La cuenta regresiva no empezaba hoy, ésta había comenzado desde siempre.

El decomiso había sido enorme. La policía y autoridades se encargaban de difundirlo a través de los distintos órganos de prensa. Bombos y platillos, éxito según ellos.

Blanca-blanco, como la nieve. Blanco-blanca, como el polvillo cósmico de la vía láctea. Blanco-blanca, como el resultado de una ecuación humana, de una relación marital o extra-marital. Blanco-blanca, como la leche materna. Blanco-

blanca, como la harina del pan nuestro de cada día. Blanca, al igual que el nombre de una antigua prometida. Blanco-blanca, como la sal de los salares de San Pedro de Atacama. Blanca... le di al blanco. Blanco-blanca, como la novia que va al altar. Blanco-blanca, como la página, como la hoja en blanco. Blanca-blanco, como el Colo-Colo.

Pero aún quedaba. No podíamos rendirnos. Ahí estaba nuestro sustento. Había que luchar y ahora más que nunca y como nunca. Entonces tomó la palabra la última de todas nosotras: ¡No es posible! Todos tienen, todos pueden, todos se alimentan, hasta el más mísero. ¿Por qué nosotros no? Siempre nos combaten, no nos dejan vivir... En ese instante, una puerta se abrió. La imagen fulgurante y nítida de uno de los jefes sorprendía a todos. Traía algo. Un silencio conmovedor hizo sentir más fuerte el avance de sus pasos.

Ahí estaba. Lo habían conseguido. La carga, aunque no mucha, estaba allí asegurada, a apenas unos pasos. Los sinsabores podrían empezar a quedar atrás. Años y años luchando. Obviamente, la contienda era desigual. Las interminables caminatas en fila india empezaban a quedar atrás. ¡Un triunfo! ¿O sólo un mero peldaño?

El lugar comenzó a quedar desierto, al cabo de dos horas llegaron los mercenarios. La idea era atacar con todo, pero una gran sorpresa se llevaron. No había nadie. Sólo quedaba el amargo recuerdo de la injusticia.

Ellas y ellos, en otro lugar, compartían ese pequeño gran botín y ya satisfechos de tanto comer y comer se jactaban que habían nuevamente triunfado. A pesar de los muchos allanamientos, a pesar de las infructuosas redadas y los muchos exterminios, ahí estaban, orgullosos todos de saber que tenían asegurado por un

invierno más, del azúcar limpia, alba de cada día. Ellas, las hormigas, eran nuevamente las acreedoras del azúcar nuestra de cada día.